

MENSAJE DE NAVIDAD DEL SEÑOR ARZOBISPO

Desde la Catedral y No desde el Palacio del Gobierno como había sido habitual desde hacía años, el nuevo arzobispo de Asunción tenía un mensaje de paz para todos los paraguayos.

Apareció un ángel, y con él una multitud de espíritus celestes que alababan a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres, objeto de su amor".

(Lc. 2, 13—14)

Queridos Hermanos: Es ésta la clásica noche de paz.

Aún en los campos de luchas fratricidas, se suspenden las matanzas en esta noche augural; en algunos países de hondo sentir cristiano, se abren las puertas de las prisiones, para devolver la libertad a aquellos que ya han purgado suficientemente, sus delitos; las familias cristianas tratan de reconstruir el viejo tronco familiar, alrededor del pesebre hogareño... y los buenos cristianos revisan sus vidas, a la luz del mensaje indeleble de Cristo: "Amáos los unos a los otros"!

Vale la pena detenernos unos instantes, esta noche, para meditar en el contenido de la PAZ en la tierra.

La PAZ es un don de Dios, y, al mismo tiempo, es fruto de nuestra buena voluntad.

1. Vivimos en un mundo desquiciado por la concupiscencia de la carne, por el abuso del poder, por la soberbia y ambición del dinero. Y así, este mundo, rico y poderoso, dominador de la naturaleza mediante la técnica cada día más y más evolucionada y revolucionaria, ha perdido su equilibrio, su paz!

No es paz, la sola ausencia de la guerra; no es paz el sólo desarrollo y bienestar materiales; no es paz el orden y el silencio impuesto por la fuerza a los hombres.

Paz humana, en la tierra, es amistad sincera, es lealtad y verdad en las relaciones; paz es la sonrisa cordial y la mano cálida y generosa...

Hay una *paz interior*, en nosotros mismos y con nosotros mismos, que nos devuelve la propia identidad, la propia autenticidad, el equilibrio síquico. Esta interioridad se traduce con rasgos inconfundibles, como la honestidad en las costumbres, el amor a la verdad, la incesante lucha por llegar a ser lo que debemos ser...

Hay una *paz en torno nuestro*, consecuencia de la paz interior y personal, que se manifiesta en la armonía ciudadana, en el mutuo entendimiento y respeto, en la solidaridad y la ayuda...

Una tal paz integral sólo se obtiene con la justicia y el amor.

Justicia para todos, sin tolerar privilegiados ni marginados;

Justicia en todos, ya que nadie puede creerse eximido del deber de ser justo: ni los que detentan el poder, ni los súbditos; ni los ricos ni los pobres...

Justicia en todo, pues nada puede sustituirla o suplirla. Ninguna virtud tiene sentido si la justicia está ausente!

2. Y ¿cuáles son los caminos de la Paz? Decíamos al principio, que debemos buscar la paz, debemos merecerla. No la encontraremos hecha; la tenemos que construir, con la ayuda de Dios; es un quehacer permanente, con

nuestra propia conversión y generosidad, con nuestro sacrificio y con nuestro amor. Dice el Señor: "Bienaventurados los promotores de la paz, porque ellos serán hijos de Dios".

a) en primer lugar es preciso *ser fiel a Dios*: es fácil, muy fácil, afirmar de sí mismo, ser discípulo de Cristo, ser católico. No olvidemos que la Religión es vida: no es una bandería política, ni una simple filosofía; es norma permanente de comportamiento moral. Es, pues, la conducta moral la que va a ubicarnos entre los verdaderos discípulos de Cristo. "La paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse, si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios" (Pacem). "En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, en que amamos y cumplimos sus mandamientos. Pues éste es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos" (I, Juan 5, 2—3).

b) y nuestra fidelidad a Dios se manifiesta, necesariamente en la *fidelidad al hombre*. En efecto, dice Dios: "Si alguno dijere que ama a Dios, y aborrece a su hermano, miente... Y este mandamiento tenemos de El: que quien ama a Dios ame también a su prójimo" (I Juan 4, 20—21). Este amor al que alude el Señor, es, ante todo, justicia. El auténtico amor cristiano es efectivo, práctico, eficaz: "No amemos de palabra y con la lengua; sino de verdad y de obra. En esto conoceremos que amamos la verdad" (I Juan 3, 18—19).

Fidelidad a Dios y fidelidad al hombre, son, pues, dos realidades inseparables en el Cristianismo. Y es oportuno recordar aquí, el criterio impuesto por Cristo para distinguir en el mundo, a los discípulos que El reconocerá en el último día, en la hora de la verdad: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: en que tenéis amor unos a otros" (Juan 13, 34—35).

Del precepto del amor, llegamos a la conclusión de que la paz es obligatoria! Es un derecho y una obligación.

Paulo VI, en su Mensaje para la Jornada de la Paz de 1971, dice: "La verdadera paz debe fundarse en la justicia, en la idea de la intangible dignidad humana, en el reconocimiento de una igualdad indeleble y feliz entre los hombres, en el dogma basilar de la fraternidad humana. Es decir, en el respeto, en el amor debido a todo hombre, por el solo hecho de ser hombre. Irrumpe aquí, la palabra victoriosa: por ser hermano, hermano mío, hermano nuestro".

Ninguno de nosotros puede quedar tranquilo si esta paz no es o no ha comenzado a ser realidad en sí mismo y en torno suyo: en el hogar, en la comunidad, en la Patria. No adoptemos la cómoda y falsa actitud de exigir a los demás, sin estar dispuestos nosotros mismos a transitar por los claros caminos de la paz...

¡Manos a la Obra en nombre de Dios! Comencemos por desterrar de nuestro corazón rencores y prejuicios; rompamos servidumbres de ideas ajenas y compromisos que nos humillan; que nuestro espíritu se abra a intenciones sanas y limpias; perdonemos mucho para que Dios y nuestros prójimos nos perdonen las injurias que les hemos inferido...

Esta noche ha comenzado a recorrer, como una brisa perfumada, el saludo de "Feliz Navidad", las calles, los hogares, las almas. Quisiéramos que nuestra voz afectuosa y nuestros augurios llegaran también hasta las tristes soledades de las prisiones en que yacen hermano nuestros, esperando que la justicia brille para ellos. Pedimos a Dios que acelere la hora de la liberación para que también ellos, restituidos al orden y a la Comunidad, gocen de los beneficios de la paz!

Pidamos a Dios y a nuestra Madre Stma. la Virgen, que confirme nuestros propósitos de paz! "Y la paz de Dios que sobrepasa todo juicio custodiará vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4,7)

HERMANOS: FELIZ NAVIDAD Y FELIZ AÑO NUEVO!